También nos habla de los cambios sobre organización urbana referidos a las nuevas ideas ilustradas de sanidad, limpieza y cambios en el Protomedicato, aun a pesar de lo inamovible al cambio de tal institución, y de la forma en que la política hospitalaria debió realizar esos cambios para enfrentar la mortandad, que por otro lado fue una de las más agudas del siglo XVIII.

Por último la autora se acerca a otra variable de análisis del estudio de las catástrofes demográficas que ha sufrido la población en el mundo. Ésta se refiere al aspecto religioso y social, o sea, al concepto mental de estas enfermedades y la manera de enfrentarlas que, como ya habían mencionado otros autores, por lo regular llegaban aparejadas con las crisis agrícolas.

Aquí vuelve a hacer una recapitulación de las epidemias que asolaron a la ciudad de México entre 1700 y 1762, aunque ahora vinculadas a las políticas del gobierno municipal y a las nuevas reglamentaciones sobre festividades religiosas que fueron reorganizadas con una nueva actitud impuesta desde el Vaticano a partir de los sucesos que nos narra la autora. En esta parte se aprecia un trabajo más serio y acucioso sobre la relación epidemia-enfermedad-curación, y una correspondencia con el calendario litúrgico, los mitos, las procesiones, los espacios y rituales llevados a la práctica para enfrentar tan calamitosas situaciones.

América Molina señala que este trabajo se realizó en un seminario de grado y el resultado es evidente en comparación con las anteriores sec-

ciones. Está mejor elaborado y presenta la parte más interesante del libro. Sin duda el tema y el abordarlo desde la perspectiva de las condiciones mentales, religiosas y seculares, nos abre una vertiente de análisis interesante y poco explorada en la historiografía mexicana.

La autora se ha aplicado escrupulosamente al asunto de las catástrofes naturales en Nueva España, y lo expone de nuevo, en los dos cuadros que presenta como parte final de su texto. El contenido de esta información es valioso y parte importante del mismo trabajo.

Sólo queremos mencionar, por último, que la orientación del texto provoca la lectura al interesado y por lo que anuncia, conducirá a un trabajo posterior de la propia autora. Sin embargo, algunos problemas permanecen enunciados y no resueltos y en otros momentos repite algunas conclusiones que han sido cuestionadas por otros trabajos. La vertiente presentada en el último apartado es la más significativa y sugerimos que sobre ella deberá perseverar para presentarnos el análisis del problema desde otra perspectiva.

Jorge Silva Riquer
Instituto Mora

Juan Carlos Garavaglia y Juan Carlos Grosso, *La región de Puebla y la economía novohispana: las alcabalas en la Nueva España, 1776-1821*, Instituto Mora/Universidad Autónoma de Puebla, México, 1996, 272 pp.

El trabajo que nos ocupa hoy constituye una importante obra de investigación que refleja el gran avance alcanzado por la historia socioeconómica del México borbónico en los últimos tiempos. De hecho, no sería equivocado afirmar que de toda la historia mexicana posiblemente el periodo que actualmente conocemos mejor es el último medio siglo de Nueva España, a juzgar por la cantidad y calidad de trabajos publicados, al menos en lo que se refiere a estructuras sociales y económicas.

En este sentido es menester subrayar la cooperación, durante un cuarto de siglo, entre historiadores mexicanos y extranjeros en la construcción de lo que es ya un imponente conjunto de obras historiográficas sobre el México borbónico (para usar el término que acuñó David Brading) con múltiples vertientes y estilos: recordemos de entre ese vasto grupo la colaboración valiosa e intensa de investigadores españoles, estadounidenses, británicos, franceses y alemanes, además de las múltiples contribuciones de los dos historiadores argentinos, cuyo libro reseñamos hoy.

Los dos autores, Garavaglia y Grosso, destacados historiadores económicos, se dedicaron largo tiempo a la tarea de explorar la historia colonial a partir de una fuente fundamental —las alcabalas— que les permitió reconstruir aspectos claves de la relación entre fiscalidad, comercio y producción en el siglo XVIII en Nueva España pero con especial énfasis en la región de Puebla y sus diversas *subregiones* económicas.

En los cinco ensayos que componen este libro se hace un cuidadoso

análisis de las alcabalas que resulta de gran importancia para la historia económica colonial por varios motivos. El primero nos ilustra sobre la *relación entre Estado y economía*, ya que los impuestos constituían el principal mecanismo del que disponía el gobierno para lograr la extracción económica de recursos de la sociedad, fenómeno que conocemos bien porque sigue siendo vigente hoy en día, como nos lo demuestran debates contemporáneos sobre las características indirectas de los impuestos.

Debe agregarse que la consulta sistemática de las abundantes fuentes sobre alcabalas que iniciaron Garavaglia y Grosso en 1981 fue posible gracias a la colaboración de numerosos trabajadores del Archivo General de la Nación, y en particular de la directora de dicha institución en esos años, Alejandra Moreno Toscano. Personalmente, yo he sido testigo de las frecuentes expresiones de elogio de la labor de Alejandra que hizo Juan Carlos Garavaglia en los seminarios de investigación en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, donde expuso sus primeros avances en este campo de estudio, que luego resultó tan fértil.

Como sabemos hoy, la fuente de las alcabalas es fundamental para la historia económica colonial (y de una parte sustancial del siglo XIX) pues a partir de ella resulta posible reconstruir las grandes y pequeñas tendencias del comercio al interior del país. Los estudios de Garavaglia y Grosso demuestran el grado significativo de mercantilización de la producción local en la segunda mitad del siglo XVIII,

finalizando –de una vez por todas– con el mito de una “economía natural” en Nueva España. Los niveles de mercantilización de la producción local resultan ilustrativos del funcionamiento de los mercados locales en el dilatado espacio del virreinato. En este sentido, es importante aprender que la mayor parte de los productos comercializados localmente eran “efectos de la tierra”, mientras que los “efectos de Castilla” (principalmente aguardiente y textiles) no solían superar 30% del total. Ello nos habla, evidentemente, de la necesidad de prestar más atención a la producción local para entender la economía colonial, lo cual confirma las hipótesis de Carlos Sempat Assadourian que fueron acicate para Grosso y Garavaglia desde que comenzaron sus investigaciones en este terreno.

También cabe subrayar que el libro que hoy reseñamos tiene la virtud de desarrollar un tema y una metodología que es cada vez más pertinente para los historiadores de nuestros días, pues permite un nivel de análisis cuantitativo realmente detallado y matizado. En este sentido, es conveniente hacer notar que existe un peligro considerable en la elaboración de la historia económica si no se cuenta con bases de datos realmente amplios y confiables. Nos referimos al hecho, frecuentemente comentado, de que resulta muy tentador para algunos economistas e historiadores económicos intentar manejar cifras agregadas construidas sobre bases especulativas y poco sólidas, que en ocasiones nos ofrecen una visión acaso equívoca del verdadero desempeño de la econo-

mía colonial en sus múltiples vertientes.

Un buen antídoto a las especulaciones sobre la *macroeconomía* de Nueva España lo ofrecen los estudios locales incluidos en este volumen de Garavaglia y Grosso. Nos referimos a la elaboración de una compleja *geografía fiscal* que permite una especie de historia *económica regional comparada*. De allí que resultan tan interesantes los comentarios y comparaciones de la diferente evolución de las alcabalas en diversas regiones: así puede seguirse la evolución del comercio en norte, centro y golfo del virreinato en estos decenios del ocaso del régimen colonial.

Entre los planteamientos sugerentes que efectúan los autores se encuentra el intento por contestar al interrogante acerca de la prolongada crisis económica y social de la región poblana que se reflejaba en el estancamiento de rubros como el nivel de alcabalas, diezmos y población durante buena parte del siglo XVIII, en contraste con el dinamismo de algunas otras regiones de Nueva España. Garavaglia y Grosso consideran que es difícil establecer una hipótesis única sobre el desempeño de la economía novohispana finisecular, ya que tiene que ser complementada con otra información más precisa y localizada en tanto la economía virreinal funcionaba a distintos ritmos y con diferente dinámica, de acuerdo a la región.

Por otra parte, en este libro –al igual que en su estudio de microhistoria sobre Tepeaca (publicado en 1994)– Grosso y Garavaglia demuestran la importancia de estudiar los vínculos

con otros mercados regionales, especialmente los de Veracruz y pueblos de la Tierra Caliente, los cuales ofrecen nuevas pistas para futuras investigaciones sobre la densidad y extensión de los *intercambios interregionales* en México en las últimas décadas del siglo XVIII.

Por último, quisiera hacer un testimonio de ambos autores como seres humanos cálidos e imaginativos y como maestros de primera calidad. Personalmente conocí, primero a Juan Carlos Garavaglia, quien vino a México en 1980 a trabajar en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa donde yo entonces enseñaba. Fue a partir de esa vinculación que llegaría a conocer a Juan Carlos Grosso, gran colaborador quien tan lamentablemente falleció hace un año y medio.

Juan Carlos Grosso había llegado a México hace 20 años y todos los que hemos trabajado en el terreno de la historia colonial novohispana podemos dejar constancia de que hemos perdido un colega entrañable, un profesor inspirado, un crítico inteligente y mesurado, un cálido amigo. Su formación académica fue producto en buena medida del clima efervescente pero riguroso de la Universidad de Buenos Aires a principios de los años de 1960, con profesores destacados de la Facultad de Filosofía y Letras, como José Luis Romero, Tulio Halperín Donghi y Ruggiero Romano. Posteriormente siguió una carrera docente constante y fructífera, la que conocemos aquí en México sobre todo por sus casi dos decenios de enseñanza en la Universidad Autónoma de Puebla donde formó varias genera-

ciones de historiadores hoy en activo y productivos. Desde 1981 comenzó un proyecto de investigación de largo aliento con Juan Carlos Garavaglia, con el fin de reconstruir las bases cuantitativas del estudio de los mercados internos en el virreinato de Nueva España en el siglo XVIII. Sin menoscabo de haber sido pioneros en el país del estudio sistemático de las alcabalas, ahondaron en los campos paralelos de la historia agraria y demográfica, produciendo una impresionante cantidad de monografías. Entre sus últimas obras se cuenta *Puebla desde una perspectiva microhistórica. La villa de Tepeaca y su entorno agrario: población, producción e intercambio (1740-1870)* publicada por Claves Latinoamericanas en 1994, además del volumen de ensayos que han editado el Instituto Mora y la Universidad Autónoma de Puebla y que hoy reseñamos. Este libro es en efecto un excelente testimonio del fervor y el amor con el que Juan Carlos Grosso se dedicó a la historia de México y que transmitió a incontables alumnos y colegas.

Carlos Marichal
El Colegio de México

Ángel Muñoz Fernández, *José María Lacunza. Los muchachos de Letrán. Estudio y recopilación*, Factoría Ediciones, México, 1997, 402 pp.

A partir de la lucha de independencia, lentamente se va a manifestar en el